

Vitale, Luis

Los principales períodos de la historia de América Latina. Contribución al debate del bicentenario. Santiago, LOM Ediciones, 2009, 110 páginas.
ISBN 978-956-00-0084-2

La obra póstuma de Luis Vitale tiene como subtítulo “Contribución al debate del bicentenario”, interesándose por debatir acerca de la identidad latinoamericana en los 200 años de vida independiente. El autor escribe para la intelectualidad latinoamericana, pero sobre todo a los movimientos sociales, centrando su análisis en el materialismo histórico, combinando la centralidad del factor económico con la expresión social y política de la formación social que impera según cada sociedad, rompiendo el esquematismo soviético. Para eso cuatro conceptos son los ejes del estudio, la formación social como la interinfluencia entre la estructura y superestructura; la dependencia como categoría de formación económica-social que combina la estructura y los modos de producción; la transición como estadio en formación, que tiene resabios del viejo modo de producción y el intento de generar uno nuevo; y la identidad como forma de significación propia. De esta forma el autor periodiza la historia de América Latina desde su originalidad, abordándolo desde la totalidad de la sociedad y sus “expresiones económicas, sociales, culturales y relación sociedad-naturaleza”.

Vitale inicia rescatando la historicidad propia de los pueblos originarios como sujetos de la Historia y no la pre-historia, desde su condición

de cazadores-recolectores, agrícolas-alfareros y minero-metalúrgicos. Se destaca la evolución de nuestros pueblos originarios desde la producción y conservación de la formación económica, donde conviven los primeros modos de producción comunal (agrícolas-alfareros y minero-metalúrgico); un primer período de transición para las culturas Olmeca, Tolteca, Mochica, Chimú, Huari, Tiwanako y Chavín, que no necesariamente rompieron lo comunal, sino que establecieron las primeras desigualdades y poder centralizados; y comunal-tributario (Aztecas e Incas). De aquí se desprenden las relaciones de producción que permitieron el desarrollo de una producción y distribución colectiva de la tierra, rescatándose la identidad comunitarista. Para el caso de las civilizaciones Inca y Azteca, se señala que el modo de producción cambia a comunal-tributario, un dualismo que no se puede separar porque formaban una categoría total de reciprocidad, que generó desigualdades políticas, sociales y culturales. Sin embargo, el autor comete un error al categorizar a estas civilizaciones como Estado, aunque dice que es “embrionario”, porque sigue una lógica eurocentrista en el concepto, ya que la formación social latinoamericana de estos pueblos configura un proto Estado originario que aún no se forma. Al analizar la Colonia, se nos señala que existe un segundo período de transición que está dado por una colonización hispano-lusitana, la cual introdujo un “capitalismo primario exportador con relaciones sociales de producción precapitalistas”, no predominando ninguna, sino que se manifestaron “relaciones esclavistas, serviles (mita, encomienda, inquilinaje) y “capitalistas” (salarinado minero)”. Esta afirmación del autor hace alusión a la postura clásica del marxismo latinoamericano, pero no se puede considerar la Colonia como una transición “capitalista primario exportadora”, sino precapitalista primario exportadora, ya que no predominó ninguna relación de producción sobre la otra, pues convivieron mutuamente y fueron recíprocas. Lamentablemente, por el estructuralismo del autor, no se encuentra un mayor análisis sobre las formas de propiedad o matriz societal —según Waldo Ansaldi— dejando a la interpretación de cuál fue la propiedad más democrática para la conformación del Estado.

La revolución anticolonial contra el Imperio Español es destacada por su carácter subcontinental, generando diferencias regionales con la capital a la hora de construir el Estado. Para Vitale, las causas de la “rebelión de las provincias” son políticas (centralismo capitalino) y económicas (no redistribución de impuestos e ingreso de maquinarias extranjeras que atentan contra la pequeña industria). El regionalismo y las guerras civiles,

al convivir con una o más matrices o formaciones económico-sociales, generaron desigualdades políticas, sociales y culturales, dificultando el nacimiento del Estado. Justamente es la formación del Estado latinoamericano lo que más polémica genera en Vitale, pues desacredita a autores que mencionan que no hay Estado porque no se cumplen las condiciones de la formación de este en Europa (revolución burguesa, desarrollo industrial y mercado interno), ya que para él existe un “Estado embrionario” por la herencia institucional de la Colonia y los combates por la Independencia. Se aprecia una contradicción en el autor, pues había señalado que en la época de los pueblos originarios ya existía un Estado embrionario, volviendo a reiterar lo mismo para el caso post-colonial. Si bien es débil el Estado, “no significa que no existe” nos dice Vitale, aunque diferimos y preferimos llamar embrionización estatal, lo cual se consolida en la segunda mitad del siglo XIX. Asimismo, el período de transición precapitalista pasa a capitalista primario exportador cuando el Estado se termina de consolidar, pero discrepamos de la hegemonía de la clase dominante, que no fue la burguesía —aún no formada del todo ni con capacidad innovadora, por lo tanto preferimos llamarla protoburguesía—, sino que fue la fracción oligárquica que estableció el régimen y cooptó la significación del liberalismo (representación, democracia y ciudadanía) para su ejercicio de dominación sobre las clases subalternas. La dependencia se hace parte de la realidad objetiva-concreta con la relación comercial de exportación de materias primas e importación de manufacturas, por lo que se puede sintetizar que la formación social del siglo XIX es producto de la revolución pasiva dependiente, al decir de Ansaldo, ya que generó una simbiosis de la formación económica capitalista con economías y comportamientos no capitalistas. El rol de la clase subalterna, artesanos y proletariado urbano y rural, se destaca por su papel emergente producto de las contradicciones sociales de las relaciones de producción capitalistas, lo que genera las primeras organizaciones y experiencias de clase, aunque dichas clases aún no se configuran con una determinada conciencia de clase, como Vitale quiere verlas.

El siglo XX es el que menos se aborda desde la perspectiva historiográfica, pues Vitale hace una pasada muy rápida sobre el Estado y del proyecto ISI, el cual apenas lo nombra al señalar que fue la “sustitución de algunas importaciones” y que no hay que confundir el intervencionismo estatal con la inversión de capital del Estado. Así llega a analizar lo que llama “gobiernos nacionalistas” (Perón y Vargas) y “gobiernos nacional-antiimperialistas” (Velasco y Allende), diferenciándolos por la estrategia

antiimperialista, pues los primeros no serían tales porque no aplicaron una ruptura definitiva con el capital internacional, solo tuvieron roces y terminaron cediendo a sus presiones. Por el contrario, los segundos fueron más rupturistas porque expropiaron sin indemnización y no se involucraron con el capital extranjero sino con el estatal. Un aspecto negativo en el autor es que no existe el concepto populismo en sus análisis, más bien expresa su rechazo (pág. 75), no abordando esta estructura institucional donde el régimen se unifica con el gobierno para darle un carácter populista al Estado burgués. Es equívoco no usar este concepto, más aún cuando posee un marcado corte anti-socialista en los ejemplos históricos del siglo XX, salvo el caso chileno con Allende, que tiene rasgos de frente populista. Lamentablemente, tampoco es extensible el concepto de dependencia, no hay un desarrollo sobre esa polémica de la década del 1950-1960, siendo que el autor fue uno de los elaboradores teóricos del porqué del subdesarrollo, ni tampoco la polémica sobre si la colonización española-portuguesa fue feudal o capitalista. Al describir los movimientos sociales, menciona sus rasgos clasistas en el campo de batalla, pero generaliza la experiencia de clase con conciencia de clase, pues no existe una causalidad sine qua non para determinar la praxis de los sujetos sociales, sino es mediante el discurso. Para la identidad latinoamericana, Vitale rescata a diversos intelectuales que aportaron a la construcción del panamericanismo (José María Vargas Vila, José Enrique Rodó, Manuel Ugarte, José Ingenieros y Julio Antonio Mella) y el socialismo indoamericano de José Carlos Mariátegui, lo que es un avance con su ruptura con el marxismo ortodoxo. Sin embargo, el autor no maneja una definición de identidad, solo señala que esta fue una manifestación de dichos intelectuales que generaron un “pensamiento nacional-antimperialista”, uniéndolo a la dependencia, por lo cual de ahí se puede sintetizar como la búsqueda por el camino propio de América Latina.

La obra no pudo ser lo que se buscaba, un debate sobre el Bicentenario, ya que no es posible encontrar reseñas sobre ella. Al parecer no interesó a la intelectualidad, pues corresponde a un compendio de otras obras latinoamericanas del autor, aportando escasamente algo nuevo, salvo la utilización de algunas redefiniciones históricas. Los conceptos centrales a lo que se hizo alusión, formación social, dependencia, transición e identidad, son escasamente desarrollados, más bien el autor da por sentado a sus lectores de lo que se tratan, por ello su formato de monografía. Pero se debe rescatar que Vitale intenta pensar desde lo propio, lo

latinoamericano, por ello, vuelve su mirada hacia América Latina y la interpreta desde su propia condición original. Como él lo señalaba “¿América Latina desde Marx o Marx desde América Latina?”. Ese es el valor de esta obra.

Mariano Vega Jara¹

1 Santiago, Chile.mvegaj22@gmail.com